

ventud anuncia al héroe. Guillén de Castro hace decir a Jimena en las primeras escenas de «Las mocedades del Cid»:

*Que es galán
y que sus ojos le dan
al alma sabrosa pena.*

Rivalidades cortesanas—orgullo, envidia, celos—enfrentaban a Diego Laínez y al Conde Lozano. Este, un día, ciego de cólera ultrajó al viejo Laínez, ya tembloroso de piernas y débil de brazo para la venganza. Rodrigo lo supo, y olvidando que el Conde era el padre de aquella niña de ojos claros por quien los suyos bebían vientos, desnudó su espada para el castigo. El Conde Lozano murió lavando con su sangre la afrenta infligida a su rival. Jimena «arrastrando luengos lutos» exigió justicia al Rey. Rodrigo, «en buena hora nacido», tan noble y tan galán, tan presagiado de altísimos destinos, no puede ser juzgado como un delincuente, pues en la Corte de Burgos no es delito restaurar el honor humillado. Hay un castigo honroso: partir a la frontera de la morería a lidiar por el Rey y combatir por Cristo. Rodrigo aceptó el honroso exilio, del que pronto volvió cargado de laureles y presunciones juveniles. Jimena, ciega de verle, insiste en reclamar justicia y dice al Rey que:

*Rey que no hace justicia
no debería de reinar,
ni pasear en caballo,
ni con la Reina folgar.*

El Rey, que por viejo sabía ver el corazón de la doncella, decidió poner fin al litigio de amor y odio, ordenando la boda de Jimena y Rodrigo.

Poco tiempo después de la boda, falleció el Rey Magno, y sus Reinos quedaron divididos entre sus hijos. Don Sancho heredó Castilla, León y Don Alfonso, Galicia Don García, y las almenadas ciudades de Toro y De Zamora, las Infantas

Doña Elvira y Doña Urraca. Don Sancho no aceptó que los Reyes pudieran hacer testamento y repartirse las fuerzas de una casa y movió guerra a sus hermanos. El Cid Rodrigo de Vivar, fiel a su príncipe, salió con él a guerrear. Su espada y su consejo ganaron cien batallas a Don Sancho y con ellas los Reinos Leonés y Gallego y el Señorío de Toro. Pero no logró evitar que, ante las murallas de Zamora, la traición de Bellido Dolfos clavara en la espalda del Monarca el venablo mortal. Heredó los Reinos de Don Sancho el Fuerte Don Alfonso VI, a quien gustaba muy poco aquel Cid que en voz alta gritaba sus sospechas de que en el dardo de Bellido hubieran puesto veneno Doña Urraca e impulso Don Alfonso. Cuando el nuevo Rey—que se había refugiado en el Toledo moro de Al-Mamún—llega a Burgos pareceñirse la corona, el Cid le toma juramento sobre los Evangelios de no haber tenido arte ni parte en el regicidio. Por tres veces resuena en Santa Gadea la pregunta cidiana y las regias respuestas, cada una con más enojo contra el audaz vasallo.

Ya coronado Alfonso, Rodrigo recibe la orden de salir de Burgos, con una de esas espinosas misiones que los Soberanos suelen encomendar al súbdito molesto, con la esperanza de su fracaso o de su muerte. La difícil misión encomendada al Cid es la de cobrar las parias del rey moro de Sevilla, a la sazón en guerra durísima con los moros granadinos. Sin recluir, Rodrigo parte, cumple el encargo, guerrea, vence y vuelve triunfal. Pero al regresar se entera de que el Rey no permite su entrada en Burgos, e incluso ha prohibido que nadie le dé alojamiento. Quien le diere techo, pan y agua, perdería

*«los averes e las casas
é aún demás los ojos de las caras.»*

Jimena y sus hijos—un varón y dos niñas—han sido alejados de la Corte por mandato real. Con cinco dueñas de pró residen en el Monasterio de San Pedro de Cardaña, bajo la vigilancia